

Una vez más, Ignacio Sanz, me proporcionó el honor, el placer, la alegría inmensa, de reflejarme como personaje en uno de sus espléndidos relatos, dentro del libro *El rastro de las estrellas. Historias para volar*. Título que aún no disfruta de la naturaleza de libro publicado, pero que sin duda, más pronto o más tarde lo conseguirá (ya hubo un adelanto parcial de su contenido, en el último número que se publicó de la revista *El matemático*). La sustancia, lo que guía a este libro, ayudándome con las propias palabras de Ignacio extraídas del preámbulo que adjunto, es lo siguiente: «La vida de los poetas suele estar salpicada de historias sorprendentes. Fruto de la atracción que ejercen, me propongo contar algunas historias relacionadas con ellos, con su sensibilidad, con la fascinación que me provocan. Lo que llamaría la mirada poética o los gestos poéticos que, por supuesto, no son exclusivos de los poetas; en realidad a nuestro alrededor se producen cada día cientos de gestos poéticos, algunos conmovedores: en la calle, en el trabajo, en los hospitales o en los centros de enseñanza. Y casi siempre protagonizados por personas que no escriben poesía. Pero suelen ser los poetas quienes los encarnan con más naturalidad y acaso con más frecuencia. Los gestos poéticos han iluminado mi camino como lector o como simple oyente del mundillo literario. Lo que me propongo al rescatar este puñado de historias es que una parte de esa luz siga alumbrando a nuestro alrededor; estoy convencido de que si esos gestos dejaran de alumbrarnos el mundo que habitamos sería más cerril y mostrenco». El amor que tiene Ignacio a la poesía es la energía que mueve al libro, poetas (o amantes de la poesía como músicos, novelistas, pintores, actores...) como Federico García Lorca, Vicente Huidobro, Joaquín Díaz, Antonio Machado, Fermín Herrero, Quico Cadaval, Claudio Rodríguez, Cunqueiro, Tomás Sánchez Santiago, Antonio Pereira, Juan Carlos Mestre, Sánchez Ferlosio, Lara Cantizani, Ana María Matute... y algunos más, como el que ya mencioné por allá arriba, se cobijan, forman, cimentan y elevan las páginas de *El rastro de las estrellas. Historias para volar* (por cierto, título aún provisional, pero sea el que sea el que conste finalmente, lo que nos importa son sus entrañas literarias) hasta los ojos de un lector agradecido que ya no dejará de disfrutar de la escritura del escritor segoviano, de esa mirada afectuosa y reveladora sobre unos seres y unas vivencias que nos sorprenden, nos cautivan y nos asombran. Escribe Ignacio: «También recordé a Fernando Pessoa que decía que la obligación del poeta es sacarnos de aquí. El “aquí” es la actualidad, el pequeño infierno que con tanto encono persiguen los periodistas. Estar informados, conocer la verdad, dicen ellos, cuando acaso para ser un poco más etéreos, para volar más alto, lo mejor sería estar desinformados, al menos, un poco más alejados de la realidad, lejos de la ponzoña que circunda el mundo.» Y sí, Ignacio lo consigue, logra salvarnos, al menos temporalmente, “desinformándonos” de esa ponzoña que nos envenena el día a día. Ojalá el libro no tarde mucho en mostrarse en los escaparates de las librerías porque los escaparates de las librerías son espacios sensibles e inteligentes que necesitan libros como el de Ignacio para sentirse felizmente realizados. Nada más triste que el aparador de una librería deprimido. El extracto que aquí muestro está formado por el preámbulo «Gestos poéticos» y por dos de los relatos del libro, los titulados «Pereira y Mestre, pared con pared» y «Juan López-Carrillo y la clave nuclear»... Y a mí que me suena ese nombre.

GESTOS POÉTICOS

Los poetas, malabaristas de la palabra y rastreadores de metáforas, suelen ser los creadores más arriesgados, los más expuestos, también los más vulnerables y extravagantes, los menos reconocidos entre la variada fauna que puebla el universo literario. De ahí que sean tachados de raros, cultistas, generosos, pedantes, exquisitos, envidiosos, geniales, irritantes o egocéntricos. Todos estos calificativos y muchos más podrían encajar como un guante en su personalidad. Con frecuencia sólo una línea débil separa lo sublime de lo ridículo.

La poesía representa la quintaesencia de la literatura. Los poetas portan la antorcha que ilumina el espíritu. De ahí que, a lo largo de la historia, los tiranos los hayan perseguido con saña constante; en España, el triste desenlace vital de Lorca, Machado y Miguel Hernández, tres de los grandes poetas del siglo XX, resulta tan elocuente como aterrador. Los buenos poemas caen como un rayo sobre el corazón, nos hacen temblar y provocan terremotos en el espíritu. Ciertos libros de poesía conectan con lo más sensible del ser humano y producen desgarros. Las novelas, los cuentos, el ensayo, las obras de teatro, por su estructura compleja, se desarrollan con una intensidad más sostenida. Y cuando resultan muy emocionantes se suele decir en tono elogioso que tal novela, que tal obra de teatro, que tal película, es un largo e intenso poema. Quizá por ello Cervantes, nada menos que Cervantes, lamentara en el célebre terceto de «El viaje al Parnaso»:

«Yo, que trabajo y me desvelo
por parecer que tengo de poeta
la gracia que no quiso darme el cielo».

Por su parte, Unamuno, sin aborrecer sus novelas, libros de viaje, artículos o ensayos filosóficos, quería que le consideraran poeta, es decir, aspiraba a serlo por encima de todo.

Como si la poesía fuera una gracia divina. De ahí que se invoque a las musas cuando se habla de poesía. Y es que, en efecto, parece que fueran los dioses quienes les dictaran las palabras al oído y condujeran la mano del poeta. O los ángeles, seres celestes. Los propios poetas, más allá de los místicos, se han encargado de propagar esta idea. Paul Valéry sostenía que el primer verso lo envían los dioses. Tras él lo han repetido otros muchos. Los poetas se sienten tocados por un ángel.

«Tú por tu sueño, y por el mar las naves» es un verso de Gerardo Diego que pertenece a un hermoso soneto que solía recitar de memoria García Márquez, amante entusiasta de los poetas clásicos españoles en cuya fuente bebió hasta saciarse según cuenta en sus memorias. Su obra prodigiosa no sería tan rica de no haber interiorizado la poesía de los clásicos. Por cierto, García Márquez sostenía que George Brassens, el irónico e corrosivo cantautor francés, posiblemente fuera

quien mejor encarnaba la poesía de nuestro tiempo. En España, Paco Ibáñez, Amancio Prada, Joan Manuel Serrat, María del Mar Bonet o Joaquín Sabina, por no alargar demasiado la lista, han venido cumpliendo, a veces con sus propios poemas, a veces con poemas prestados, una función semejante a la que cumplió Brassens en Francia. En concreto, gracias a los discos monográficos que Serrat dedicó a Machado y a Miguel Hernández, se propagó de manera extraordinaria la obra de estos dos poetas. Los cantautores enlazan con el espíritu de los viejos juglares medievales que nos legaron un patrimonio poético de primera calidad en los balbuceos de nuestra lengua.

Pese a todo, José Ángel Valente desdeñaba hasta la náusea la poesía que pudiera servir de soporte a una canción. Dicho de otro modo, abominaba la poesía cantable. Ciertos poemas de Jaime Gil de Biedma o de Ángel González, fueron adoptados por cantautores. De ahí que Valente rechazara desdeñoso que le integraran en el grupo poético de los 50 donde, por razones cronológicas, le solían situar los críticos. En esos casos bufaba como un niño rabioso.

Raros, sí, los poetas suelen ser tipos raros, engréidos, maniáticos y sublimes. En los últimos tiempos buena parte de la poesía discurre por caminos que resultan herméticos para el lector medio. Incluso para el lector con ciertas horas de vuelo. Pero el malditismo no es un freno para los poetas, sino que les reafirma. Roberto Bolaño, que también escribió poesía, les admiraba por su obstinación, por su constancia, por sus exageraciones, por su manera de dar la espalda a los valores dominantes del sistema. En definitiva por su pedigrí artístico. Capaces de revolver el mundo para dar con el adjetivo preciso. Precisamente él, Bolaño, un creador obsesivo y desmesurado que fue un poeta de la prosa. Los poetas trabajan por pura complacencia, el arte por el arte, pues saben de antemano que, en el mejor de los casos, solo van a contar con una minoría de lectores. No les importa; ellos siguen buscando su espacio con tenacidad y luchan de manera incansable para sacar la cabeza, sobre todo en su juventud. Algunos, como Francisco Pino, que murió nonagenario, persisten y se depuran hasta alcanzar el virtuosismo, como si cada día arriesgaran un poco más con sus metáforas. Emily Dickinson acaso sea una de las pocas poetas que vivió de espaldas a cualquier notoriedad. Poeta pura. Tan solo publicó en vida un puñado de poemas en una revista y, sin embargo, dejó un legado fecundo que sus descendientes sacaron a luz tras su muerte. Es un caso atípico. Como en su día ocurrió con la poesía de Fray Luis de León, que publicaría Quevedo tras su muerte.

Con frecuencia las antologías o las revistas monográficas en las que se analizan las corrientes poéticas, acaban siendo una fuente de conflictos. Una antología, por muy extensa que sea, solo puede recoger un número limitado de poetas. Y, entonces, los excluidos ponen el grito en el cielo. O conspiran promoviendo una nueva antología que les cobije. Pero nunca desfallecen y siguen sacando punta a sus inquietudes creativas, a sus iniquidades, robando horas al sueño, pugnando

consigo mismos y, a veces, también contra los otros. La saturación de poetas quedó muy bien expresada en la poética que escribió José Luis Jóver para la antología de poesía moderna publicada, si no yerro, en los años setenta. Se trata de una de las poéticas más originales que conozco. Se limitaba a enumerar, uno tras otro, los nombres de los poetas que aparecían con más frecuencia en el panorama español de aquel momento. Entre ciento cincuenta y doscientos nombres. Y, al final del listado, a modo de conclusión: «Sólo sé que somos muchos».

Sí, la poesía es lo más parecido a una enfermedad. Un novelista puede tener suerte y ver su libro convertido en un superventas. Y traducido a otras lenguas. O llevada su historia al cine. Ocurre de cuando en cuando. El dramaturgo aspira a encontrar una compañía teatral que rescate su obra del cajón para que sea representada. El poeta convencido de que la poesía es un género de minorías, aspira a que lo lean unos pocos. Y cualquier método es válido. A la mayoría de los grandes poetas contemporáneos, es decir, los del siglo XX y XXI les llegó el reconocimiento después de morir. El tiempo, que todo lo decanta, actúa como una criba. Quizá Pablo Neruda fue uno de los pocos que alcanzó la gloria popular con su primer libro, escrito entre los 19 y los 20 años: Veinte canciones de amor y una canción desesperada. Un fenómeno de gran alcance que rebasó las fronteras del idioma porque enseguida se tradujo a un buen puñado de lenguas cultas. El caso de Neruda es insólito.

En general los poetas son los malditos de la literatura. El poeta Luis Javier Moreno hablaba de la condición miserable de la poesía, un género al que la sociedad le da la espalda por sistema. Pero no sólo la sociedad da la espalda a la poesía, el propio mundo literario, a su manera, también margina a la poesía, como si se tratara de una parienta pobre y apastada. Es fácil observar cómo los anaqueles de las librerías convencionales han ido reduciendo el espacio que dedicaban a la poesía. En los escasos programas televisivos especializados en literatura, casi nunca aparecen los poetas. Los suplementos literarios también les conceden un espacio residual. Libros de viaje y aventura, ensayos, guionistas, libros infantiles y juveniles, libros de cuentos y, sobre todo, novelas. De manera que, poco a poco, la poesía se adelgaza hasta hacerse casi invisible.

Y, pese a todo, en los momentos trascendentes de la vida, la poesía se abre paso con una naturalidad pasmosa situándose en el centro de la escena. Cuando los adolescentes comienzan a cortejarse la poesía emerge entre ellos de manera espontánea; también se hace presente en los ritos fundamentales como bodas o entierros; en esos momentos decisivos de la vida en los que necesitamos decir algo trascendente con pocas palabras. Un poema entonces es una tabla de salvación. Alcaldes y concejales se apoyan en los poetas cuando han de casar a una pareja. La poesía expresa sentimientos esenciales. Los adolescentes, en sus ritos de cortejo, se envían por teléfono canciones que enmascaran declaraciones de amor. Poesía al fin, las canciones también dicen con pocas palabras mensajes que tocan el

corazón. Incluso, con frecuencia nos apropiamos de una poesía o de una canción sin reparar en el autor, siguiendo la estela de aquel poema de Manuel Machado:

«Hasta que el pueblo las canta
las coplas, coplas no son,
y cuando las canta el pueblo
ya nadie sabe el autor».

Por todo ello los poetas son los seres más vulnerables y delicados del universo literario; suelen tener una sensibilidad refinada, ajena a los convencionalismos. Algunos parecen envueltos en un aura desconcertante de tal manera que ejercen una atracción especial, hasta el punto de que estar a su lado equivale a ver el mundo iluminado con su mirada oblicua. Como consecuencia del ensimismamiento en el que viven los poetas, en ocasiones producen un rechazo instintivo porque, encerrados en su propio caparazón, los percibimos como tipos ebrios, neuróticos, como si la poesía les hubiera perturbado hasta hacerles perder pie con la realidad.

La vida de los poetas suele estar salpicada de historias sorprendentes. Fruto de la atracción que ejercen, me propongo contar algunas historias relacionadas con ellos, con su sensibilidad, con la fascinación que me provocan. Lo que llamaría la mirada poética o los gestos poéticos que, por supuesto, no son exclusivos de los poetas; en realidad a nuestro alrededor se producen cada día cientos de gestos poéticos, algunos conmovedores: en la calle, en el trabajo, en los hospitales o en los centros de enseñanza. Y casi siempre protagonizados por personas que no escriben poesía. Pero suelen ser los poetas quienes los encarnan con más naturalidad y acaso con más frecuencia. Los gestos poéticos han iluminado mi camino como lector o como simple oyente del mundillo literario. Lo que me propongo al rescatar este puñado de historias es que una parte de esa luz siga alumbrando a nuestro alrededor; estoy convencido de que si esos gestos dejaran de alumbrarnos el mundo que habitamos sería más cerril y mostrenco.

Pereira y Mestre, pared con pared

Antonio Pereira nació en Villafranca del Bierzo (León), en 1923. Fue un niño enclenque y enfermizo al que le dio por la lectura y, con los años, derivó en literato. Cuentos, sobre todo escribió algunos libros de cuentos magníficos, pero también algún libro de poesía en el que deja constancia de su retranca y su mirada tierna y solidaria sobre el mundo. Su padre tenía una ferretería en un barrio periférico de Villafranca que Antonio, en sus cuentos, llamó de la Cábila. Al lado de la ferretería, pared con pared, estaba la panadería de los Mestre en la que Juan Carlos Mestre

nació en 1957, es decir, 34 años después que Pereira. En aquella época Pereira ya vivía en León, casado, pero sin hijos. Nunca los tendría. Se supone que los dos vecinos coincidirían en las fiestas del pueblo, en las visitas que Antonio hiciera a su familia cuando Mestre era un niño. Luego le vería crecer y hasta es posible que alimentara aquellas veleidades literarias que apuntaba el hijo del panadero, pero siempre con la diferencia de edad como un abismo tajante. Mestre, lector curioso, apuntaría maneras de poeta y charlaría con aquel extraño vecino que ya había escrito algunos libros y que posiblemente le hablara con familiaridad de escritores reconocidos. Pasa el tiempo y Mestre, tras acabar estudios de Periodismo en Barcelona, donde ha conocido a Alexandra Domínguez, pintora y poeta chilena, se instala en Chile con ella. Mientras tanto, Pereira, vende la empresa que ya le ha proporcionado beneficios para encarar la vida sin sobresaltos y ahora, como un rentista acaudalado, dedica el tiempo a su verdadera pasión: leer y escribir, al lado de Úrsula, su mujer, los meses fríos en Madrid y los meses cálidos en León, como un hacendado ilustre.

Cuando Mestre y Alexandra regresan de Chile se instalan en Madrid; carecen de trabajo y de recursos. Las cosas no han pintado bien por allí. De ahí que regresen a España. Pero ¿qué hacer?, ¿cómo ganarse la vida?, ¿por dónde empezar?, se preguntan. Para entonces Mestre ha dejado señales de su calidad poética en los círculos minoritarios en los que se mueve el mundillo; ha conseguido algún premio prestigioso, pero ya es sabido que de la poesía no se puede vivir. Así que acude a ver a su vecino de Villafranca, un hombre de mundo que goza de cierta posición y derrocha simpatía en las tertulias del café en las que se relaciona con gente bien situada. Mestre le expone los apuros por los que atraviesa y Antonio le dice que no debe preocuparse, que lo deje en sus manos, que le buscará algún empleo digno donde pueda meter cabeza. Pero esos trámites, llamadas, citas, llevan su tiempo; no se puede presionar a quien le pides un favor. Mientras tanto, le dice, no quiero que Alexandra y tú paséis fatigas. Antonio abre el cajón de su mesa, saca un talonario de cheques y ante la mirada atónita de Mestre los va firmando uno tras otro. Todo el talonario. Ahora, le dice poniendo el talonario en sus manos, lo único que tienes que hacer es rellenarlos a tu nombre con la cantidad que en cada momento necesites. Tengo crédito en el banco, así que no paséis apures.

Mestre, abrumado por el gesto magnánimo, se negaba a aceptar, pero ante la insistencia de Pereira, se metió el talonario en el bolsillo interior y salió de casa con tal embarazo que no sabía qué hacer. Ni un padre hubiera hecho lo que hizo Antonio conmigo, diría después. Tanta generosidad. Por suerte, me contaba unos años después, alguna de las gestiones que hice por mi cuenta para buscar trabajo, dieron pronto resultado y no necesité ir al banco con el talonario de Antonio para sacar dinero. Por ello, unos días después, volví a casa de Pereira para devolverlo.

Todo esto me lo contaba Mestre, el gran Juan Carlos Mestre, con esa voz de terciopelo que parece que sale de una mina con la que recita sus poemas y los

poemas de tantos poetas admirados, una voz que conmueve a la gente que acude a sus recitales. Todavía vivía Pereira y me emocioné al saber aquella historia por lo mucho que le admiraba. Así que, no pudiendo contenerme, le llamé.

Antonio, no sé si eres más grande como poeta o como persona, le dije.

¿A qué viene eso?, me preguntó con su voz abacial y aquel tono zumbón que gustaba.

Y le refresqué la memoria contándole por encima la vieja historia que unos días antes me había relatado Mestre.

¿Yo? ¿Un Pereira? No le hagas caso. Trata de desacreditarme. Con lo buenos administradores que hemos sido siempre los Pereiras. Tacaños no, pero sí económicos. Si ya lo decía mi padre: desde antiguo los Mestre, buena gente, sí, pero una familia muy dada a las quimeras.

Juan López-Carrillo y la clave nuclear

El poeta Juan López-Carrillo, hijo de emigrantes andaluces, nació en La Ampolla, al sur de Tarragona, y vive en Reus. Ha desempeñado trabajos variopintos, como camarero, albañil o representante de seguros caninos. Lo que fue encontrando, a salto de mata, para salir adelante. Ramón Oteo, su profesor de instituto, despertó en él la curiosidad por la poesía que luego apuntalaron sus amigos y colegas Ramón García Mateos, Alfredo Gavín o Eduardo Moga con los que formó una de esas sociedades semisecretas que montan los poetas. Juanito López-Carrillo tiene un don natural para la poesía; ha atravesado largas crisis existenciales, pero cuando le surge la inspiración, le brota a borbotones; por la contundencia de su pegada, recuerda mucho a Catulo. Cada poema es un dardo preciso y agudo. Apunta y dispara sin perderse demasiado en el ramaje florido de las metáforas. Así que, en medio de la orfandad en la que viven los poetas, él al menos ha rendido a un grupo de lectores no versados en los vericuetos líricos. Los muertos no van al cine, uno de sus últimos libros, publicado por Candaya, una pequeña y heroica editorial catalana, atravesó el charco con la ayuda de una distribuidora, llegó a México y allí, por un azar, cayó en manos de Guillermo Saavedra, profesor de la Universidad de Monterrey que se quedaría deslumbrado con su poesía, tan deslumbrado que cuando en los días previos a las vacaciones, ante la reticencia que mostraban muchos de sus alumnos con la lectura, les recomendó que leyeran cinco libros que, estaba seguro, no les decepcionarían: el Romancero gitano de García Lorca, Los premios de Cortázar, La despedida de Milan Kundera, El Quijote y Los muertos no van al cine de Juan López-Carrillo. Así supo, gracias a la magia de Internet, que aquel profesor entusiasta de la lectura, le había situado al lado de los clásicos más renombrados de la literatura.

En su recomendación el profesor Guillermo Saavedra decía: «Este poemario de Juan López-Carrillo derrocha vitalidad, humor, nostalgia y dolor... El poemario ha sido también un éxito cuando lo he leído en el salón de clases. Ha suscitado interés para tenerlo a jóvenes que no imaginaba quisieran un libro de poesía».

En aquellos días felices, López-Carrillo trabajaba como secretario del grupo socialista en la Diputación de Tarragona, un puesto inestable en el que se mantuvo durante alguna legislatura, pero como la política está sometida a tantos vaivenes, le acabaron despidiendo, pese a que, por su talante abierto, despertara simpatías unánimes entre los diferentes grupos, ya que ejercía su trabajo con el desenfado arrollador de los gordos felices.

Tras una temporada en el paro, sus viejos correligionarios, le buscaron un puesto como asesor del Subdelegado del Gobierno. La provincia de Tarragona tiene dos centrales nucleares, sometidas a rigurosos protocolos de seguridad. Juan López-Carrillo, excelente poeta, es un ciudadano extravagante y desorientado con una contrastada impericia para los asuntos prácticos.

Por eso, precisamente por eso, me contaba, tuvo una extraña sensación cuando le llamaron las fuerzas de seguridad para darle instrucciones precisas sobre el protocolo que tendría que seguir en el hipotético caso de que, en ausencia del Subdelegado de Gobierno y de su secretario, se produjera una catástrofe nuclear. ¿Me imaginas abriendo un maletín lleno de claves y dando órdenes en momentos tan delicados? ¿Cómo decirles que en realidad yo era un poeta torpe y que declinaba cualquier responsabilidad, pues nada bueno podría suceder a la ciudadanía si me tuviera que poner al mando de un maletín tan sensible.

Tres meses después Juan López-Carrillo fue arrollado por una de tantas crisis políticas que sumada a la larga crisis económica le empujó a la cola del paro a una edad en la que van quedando a trasmano las esperanzas juveniles. Ahora subsiste gracias a una de esas pensiones que dan a los parados de larga duración.

Qué desesperante, me dice cuando hablo con él por teléfono. Menos mal que ya no tengo en mis manos la clave del maletín. A ciertas edades y con ciertos kilos, cuando llevas tiempo hundido en el paro, sin esperanzas, el gesto más poético que se te ocurre, sería lanzarme a la mar convertido en pirata o apretar el botón de uno de aquellos maletines para ver cómo salta el mundo.

Quiero pensar que son delirios de poeta y que no habría que apretar ningún botón; se trataría de un simple maletín con ciertas instrucciones básicas. Y es que en los momentos bajos, ni siquiera sirven de consuelo las recomendaciones del profesor Saavedra que situaron a Juan López-Carrillo al lado de las estrellas más rutilantes del mundo literario.